AL/F.5-1

Biblioteca Aurea
Serie I Zomo III

FERNANDO PALANQUES

Los últimos días de un escéptico

Con las debidas licencias

CENTRO EDITORIAL CATÓLICO LA INDEPENDENCIA.--ALMERÍA.--AÑO 1912

AL/F.5-1

Los últimos días de un escéptico

AL/F.S-1

Los últimos días de un escéptico

CRÓNICA PERIODÍSTICA

(Premiada en el Certamen público celebrado por "La Independencia,, de Almeria, el 9 de Diciembre de 1911, y editada á expensas de dicho diario católico)

POR

Fernando Palanques Ayén

Correspondiente de la Real Academia de la Historia y de las de Buenas Letras de Barcelona y Sevilla, etc.

ALMERÍA, 1912

CENTRO EDITORIAL «LA INDEPENDENCIA»

Belou, 2.

ES PROPIEDAD

EN MEMORIA

del Doctor D. Javier Lasso de la Vega y Cortezo

Presidente que fué de la Real Academia de Medicina de Sevilla, Censor y miembro preeminente de la Sevillana de Buenas Letras, Catedrático numerario de aquella Universidad y escritor insigne : : : : : :

Ntra. Sra. de los Desamparados
del Saliente.

BIBLIOTECA ÁUREA

SERIE I.—TOMO III

CRÓNICA

Los últimos días de un escéptico

Confidencias póstumas

—

Obra premiada
en el certamen celebrado en honor de la
Inmaculada, por el diario católico
La Independencia.

—

Con las debidas licencias.

ALMERÍA, 1912
CENTRO EDITORIAL «LA INDEPENDENCIA»
Belloy. 2.

IMPRENTA CATÓLICA «LA INDEPENDENCIA»—ALMERÍA

LEMA:

Más verdad dice la fé que los ojos.

Quevedo

I

30 de Agosto de 1910

En este momento regreso del campo, mi dilecto y admirado doctor; esto es, de allí do el dorado Febo,

«saliendo de las ondas encendido
alumbra de los montes el altura»...

como dijo su insigne ascendiente, el melifluo poeta toledano; y al llegar, hállome con el presente espléndido é inestimable de sus hermosos libros de carácter literario.

Mi júbilo y mi sorpresa han sido tales que, dando al traste con los quehaceres que han motivado mi venida, me he puesto á devorar impaciente el lindísimo tomo de sus *Evocaciones*. ¡Qué grata sorpresa, repito!...El maestro egregio en la árida ciencia de Esculapio, arrancando dulcísimos arpegios al plectro de oro, que en tiempos más felices, pulsaron también aquellos inmortales

«poetas, artistas y escritores
que norte y sol de su existencia han sido»...

Y al vibrar mi espíritu con el acento emocionador y profundo, melódico y sujestivo de sus brillantes estrofas, ha sentido impulsos de remedar al culto prologuista para decir al vate laureado: «Canta, poeta, canta; ya que has librado de la muerte tantos cuerpos, endulza la vida, sostén, redime y purifica nuestras almas».

En verdad, amigo mío, que dudo ya donde fulguran más los des-

tellos de su genio peregrino: si en el ritmo métrico ó en la prosa castiza y substanciosa; si elevándose á las excelsas regiones del divino Apolo, ó descendiendo á escudriñar con el agudo escalpelo del analista severo é implacable, las miserias y hediondeces psico-fisiológicas de

«esta manada vil de vertebrados»

que, hincada la cerviz en los festines de la materia, no alcanza á saborear los placeres de la inteligencia y el espíritu, ni á gustar siquiera de esa cruenta al par que consoladora nostalgia del bien perdido ó de las ilusiones muertas

«que seca el sol y que deshoja el viento.»

Y es que la desilusión, el desengaño, la fluctuación, la duda, la eterna aspiración irrealizada, tienen sus sensaciones inefables para los númenes pensadores y para los corazones levantados como el suyo; y porque el dolor, amigo insigne y queridísimo, asume además el pri-

vilegio de las lágrimas: azotan y escaldan la mejilla, pero embalsaman y refrigeran la existencia.

Esto que para la estulticia frívola y venal resulta acaso una absurda paradoja, para usted es fuente de inspiración sublime, que me deja entrever á través de sus versos cristalinos y filosóficos, un espíritu ó un fondo psíquico y mental de tales afinidades con el mio, que arrastran mis simpatías hacia usted con una fuerza de sugestión irresistible. ¡Quién le igualara también en la potencia creadora de ese numen exquisito!

Su hermosísima poesía *Ante las ruinas del Monasterio de San Jerónimo de Sevilla* (*), basta para consolidar la gloria de su nombre. Preñado su fondo de pensamientos profundos y sentencias subyugadoras engarzados con el hilo áureo de un

(*) Premiada con la Flor natural en los Juegos Florales de Zaragoza de 1901.

ritmo clásico, cadencioso y magistral, me hechizó hasta el punto de que hube de repetirme su lectura, «despacio para representármela y y en alta voz para escucharla, para oirme, para solazarme», admirando y paladeando sus bellezas; exactamente igual que á usted le ocurrió, en fecha memorable, con unos párrafos del *Quijote*, «el monumento más melódico erigido por el arte en lengua de Castilla, en esta bendita lengua en la que se han esculpido tantas maravillas inmortales», según se desprende de uno de sus insuperables discursos académicos: de aquel, imponderablemente bello. pronunciado por usted en nombre de la ciudad y Ayuntamiento de Sevilla en el solemne homenaje tributado por las Letras hispalenses, en el teatro de San Fernando, á la memoria del Príncipe de nuestros ingenios con motivo del trecentésimo aniversa-

rio de la publicación del Ingenioso Hidalgo (*).

Sus poesías meramente líricas, pero de un lirismo límpido y encantador, me han deleitado también grandemente, especialmente las tituladas «Tú y yo» è «Idilio», á la que el ilustre Mario Menèndez, nada encuentra comparable, con razón sobradísima, en nuestra poesía del siglo XIX. Y en cuanto á su bellísima colección de sonetos, —felicísimo alarde de una viril vena poética—son obra también de un consumado maestro, mereciendo pasar á los clásicos aquellos que intitula ested «La Inspiración», «Ostende», «La confesión del siglo XIX», «¿Igualdad?», «El siglo XIX

(*) Reseña del Homenaje que á Miguel de Cervantes Saavedra dedicó el Excmo. Ayuntamiento de Sevilla con motivo del tercer Centenario de la publicación del Quijote. Un lujoso volumen de 64 páginas en folio. Sevilla, año de MCMV.

al XX» y «Ante la hornacina de Don Pedro I», alguno de los cuales recuerda por su fondo desgarrador y elegiaco la lira de Leopardi; y otros que, con sus gallardos apóstrofes á la menguada vanidad de los humanos, á la negra ingratitud social y á las injusticias de la Historia, parecen inspirados por la musa excelsa del inmortal vate florentino.

«Ese pequeño enjambre lírico »que denomino *Evocaciones*.--me di»ce usted para refrendar sin duda »aquel añejo apotegma de que la »modestia es compañera inseparable del genio—son escarceos de »mi juventud y los primeros ren»glones cortos que doy ¡á mis años! »á la estampa con un atrevimiento »que acaso no me perdone yo mismo ni aun la crítica más indul»gente. Ahí va, sin embargo, co»mo tributo de afecto al amigo »predilecto y admirado, juntamen»te con otros ocho volúmenes que

»he tenido el *descaro* de enviarle, »pero sin la pretensión de que los »lea, sino de que los conserve, no »como entidad intelectual y legi«ble, sino como objeto material, »símbolo de amistad y simpatía »que acredita con sólo su presen»cia.»

Confieso, amigo mío, que al leer este párrafo de su sabrosa misiva, me asaltaron los rubores de mi pequeñez y mi impotencia. No cabe más ingenua sencillez en un temperamento tan soberanamente genial y elevado. Bien lo dijo el prologuista (*) de *Evocaciones*: «El artista sigue escondiéndose detrás del médico y no tiene razón». Con efecto: malhaya el médico sin temperamento de artista, porque el arte es también medicina del alma. Virgilio y Homero, Dante y el Petrarca, conmoviendo el espíritu de las generaciones con los arpegios

(*) Don Mario Méndez Bejarano, eminente catedrático y escritor madrileño.

inmortales de sus arpas de oro, hicieron mayor bien, inmensamente más, á la humanidad y á la civilización que Hipócrates salvando de la peste á los atenienses. La poesia, mi querido doctor, aun á despecho de su modestia ingénita, trasciende balsámica en torno del galeno, Y es que, ya lo apuntaba el aludido prologuista, más autorizado juez que yo de su relevante personalidad literaria: los genios tienen también su aroma, como su atmósfera los planetas....

Yo, que poseo en grado asaz mínimo la facultad de la memoria, me he aprendido ya algunas de sus poesias, pues encuentro tales semejanzas en el modo de sentir y de pensar de usted y mio, que si yo supiera cantar, me digo, *así también cantaría*... ¡Lástima que no rompiese usted de una vez esa heterogénea cadena de antitesis y fluctuaciones filosóficas que atenazan en ocasiones su espíritu impidiéndole

remontar las alas á las regiones inefables de la Fé!...

Absorto yo en mis mocedades en las quimeras metafísicas de Kant, Hegel, Krause y otros apóstoles del moderno eclecticismo, ó en las impias doctrinas evolucionistas de Herbert Spencer, del sensualista Holbach y del materialista Darwin, hube de experimentar también los horrendos vaivenes de la duda que me despoetizaron el alma hasta casi hacerla zozobrar en el tétrico oleaje de la desesperanza y del escepticismo. Pudo más el germen bebido en el dulce materno regazo; y de aquellas cenizas—que rescaldaban los afanes de la lucha, haciéndome casi insoportables las terrenas miserias, los resquemores de pasiones muertas y algún reguero imborrable de inexperiencias y devaneos juveniles—resurgió el creyente férvido y resignado que sólo fia ya á la santa Providencia los derroteros de una existencia

obscura, estèril y amargada tal vez por los recuerdos, pero poseedora, al fin, de ese ideal de apacible y celestial refugio en pos del cual corria y se agitaba en dias luctuosos para el espiritu. Créame, mi admirado doctor: sin el oasis confortador del Evangelio, de ese código de los humildes refrendado hace veinte siglos en la cima de un monte de la Judea y dilucido en nuestros pechos con el suave néctar de las plegarias infantiles y de los ósculos maternales, este peregrino innominado habria sucumbido más de una vez en los áridos desiertos de la vida.

Por eso, al percatarme de esos átomos de hiel, pero de un amargor—vulga la paradoja—dulce y atractivo que saturan sus escritos, va hacia usted el fluido misterioso de mis simpatías todas para decirle al oido en ingenuo y fraternal transporte: ¡sacude, genio creador, las férreas cadenas del determinis-

mo positivista que abate tus poderosas alas y levanta el vuelo á las rosadas esferas de la esperanza vivificante y consoladora!... ¡Qué dichoso serias y qué canciones tan bellas y sublimes á las excelencias del Verbo increado brotarian entonces de tu imaginación volcánica, de tu lira sonora, apasionada y excelsa!..

Perdóneme, maestro insigne, estos pueriles desahogos de un pobre corazón redento de la esclavitud enervadora del «¡No hay más allá!» ¡La propia esclavitud, acaso, que determina esas hondas perplejidades de su alma destiladas en preciosisimas estrofas ó en periódos robustos y vibrantes calentados por el fuego de la inspiración y la elocuencia!... Yo también fui *poeta* en los albores de la vida, aunque de estro más humilde, y en algunas colecciones de revistas y periódicos dejé diseminados los débiles efluvios de mi adolescencia. Mas

pronto, fuerza es confesarlo, la falta de numen y lo inadecuado del ambiente hicieron enmudecer mi plectro. Ya tiene usted explicado, mi dilecto y admirado doctor, el porqué de haber otorgado mis preferencias en la lectura de sus preciados libros, á aquellos de carácter poètico.

Ahora me vuelvo al campo, á reposar otra vez en el seno amable y ubérrimo de la madre Naturaleza, en horaciana quietud patriarcal y desprendido de las «esperanzas cortesanas», á semejanza de su inmortal paisano, el estoico y genial cantor á las ruinas de Itálica. Y allá irán conmigo esos otros hijos de su cultísimo y universal ingenio que se llaman «Isaac», «Lucrecia de Monterrey», «Vidvan», etc., de los que me prometo ratos felicísimos y en los que espero hallar nuevos destellos de facundia portentosa y algún chispazo delator de esas grandes tempestades internas de su

espíritu... ¡Malditas tempestades, si ellas han de constituir el patrimonio fatal del genio y la sempiterna tortura de los corazones levantados!...

Le abraza con efusión su rendido admirador y amigo devotísimo.

X * * *

II

14 de Diciembre de 1910

Me apresuro á contestar, mi querido doctor, á su ansiada del ocho, que acabo de recibir. Efectivamente, desde la carta en que me anunciaba su salida para Lisboa no he tenido la menor noticia de usted. El 3 de Octubre último, suponiéndole ya de regreso en Sevilla, le escribí demandando noticias de sus hijos, los de Lisboa, é interesándome por su suerte con motivo de los luctuosos sucesos desarrollados en la capital lusitana y que han dado por fruto el derrocamiento de los Braganzas y la proclamanción de la República. Y... nada, el silencio torturador, que atribuía desde luego á alguna causa anormal, nunca,

claro está, á un olvido ó desvío injustificados. Su última misiva viene á corroborar desgraciadamente mis temores, trayéndome la triste nueva de esa larga y traidora enfermedad, cuya índole no me dice, y que lo tiene postrado en cama desde hace dos meses, privándome de las sabrosas y para mi gratísimas charlas con un amigo tan predilecto y nunca, ni un momento, por mi olvidado.

Innecesario es le diga, mi admirado doctor, cuán doloroso me ha sido saber la causa de su mutismo. Yo hago votos muy fervientes porque recupere pronto la salud perdida, y fío en la Providencia que los oirá, (pues existencias preciosas como la suya tiene Dios el deber de conservarlas por muchos años, nó sólo para el amor de la familia sino para bien de la ciencia y de la humanidad,)

A cuidarse y ponerse bueno, amigo queridísimo, y para conseguirlo,

yo, sin ser médico, pero con la autoridad que me confieren los estrechos lazos de amistad que con usted me unen, le *prescribo* este régimen severo y absoluto: reposo de la mente y del cuerpo, mucha expansión del ánimo y, sobre todo, destierro completo de cualquier roedora preocupación. Hay que recobrar a toda costa esas energías físicas y morales para volver á derrocharlas luego en sus nobles luchas por el progreso de las ciencias y las letras, en la cátedra, en el libro, en la academia y junto al lecho de sus enfermitos que elevarán al cielo sus aladas oraciones para que vuelva á prodigarles el auxilo médico su salvador y protector amado (*).

Iba á cerrar aquí mi carta temien-

(*). El ilustre galeno sevillano logró salvar innúmeras existencias infantiles de las garras de la muerte, pues era un afamado especialista en enfermedades de los niños.

do disturbar la tranquilidad y el reposo que requiere su aflictivo estado patológico, cuando, al lanzar de nuevo una ojeada por la suya, hállome con esta frase de despedida: «*Pídale usted á Dios de veras por mi salud*»... ¡Qué hermoso es esto! ¡Un corazón hidalgo y nobilísimo, empero atenazado constantemente por las torturas del escepticismo, impetrando una humilde plegaria de labios de un amigo del alma que participa de los dulces optimismos de la fé!... Pues bien, como abrigo la firme esperanza de que esta desmadejada epístola ha de encontrarle, cuando llegue á sus manos, en un periodo de franca mejoría, voy á permitirme solazar los forzados ocios de su convalecencia contándole una sencilla anécdota de mi vida, aun á trueque de que la acoja usted con una benévola carcajada de irónica incredulidad. Es ésta:

Era la mañana del Jueves Santo de 1907. Desde el verano anterior

venia aquejado de agudos ataques reumáticos á una pierna, y tuve necesidad de marchar á los baños termales de Alhama de Murcia por prescripción facultativa. A los pocos dias de mi regreso sufrí, á plena intemperie y haciendo un viaje en caballeria á un pueblecito de la comarca, un súbito y tremendo chaparrón que, calándome hasta los huesos, recrudeció mis padecimientos y postróme de nuevo en cama con síntomas de complicaciones alarmantes, á juzgar por el diagnóstico facultativo: hipertrofia cardiaca, congestión pulmonar, angina infecciosa, pleuresia y nefritis reumáticas con edemas extensos y generalizados; en fin, la mar de cosas que, según me contaron luego, volvian tarumba á los solícitos galenos muy interesados por mi salud, pero de cuya gravedad yo no me daba cuenta. Lo que más me atormentaba eran unos pícaros accesos de disnea que pusieron más

de una vez en inminente peligro mi vida. La ciencia, después de apelar aun á los recursos más extremos (inyecciones hipodérmicas, botones de fuego, etc.) se declaró impotente y fué preciso administrarme á toda prisa los últimos Sacramentos. Era, como digo, la mañana del Jueves Santo. Cuando se hubo ausentado el Viático, llegó hasta mi lecho un honrado labriego, jadeante y con señal de llanto en los ojos. Era muy amigo de casa.

—¿Qué traes?—musité entre los ahogados estertores que me comprimían el pecho y la garganta.

—Una grata noticia—respondió con marcadas muestras de sentido júbilo.—Que dentro de unas horas estará usted completamente bueno. Vengo de visitar los sagrarios y he orado por su salud á los pies de la Dolorosa.

—Bien ¿y qué?...

—Que se ha dignado escuchar

mis ruegos y mis lágrimas por usted. Pero con una condición: la de que vayamos á visitarla los dos y á oir una misa á su santuario del Saliente.

—Pues bién, hijo mio, iremos; dile á la Virgen que iremos.

. . . . . .

Hace unos meses (el 21 de Septiembre) una alegre caravana, compuesta por mi persona y algunos individuos de mi familia, caminaba hacia el santuario de Nuestra Señora de los Desamparados ó del Buen Socorro, vulgo del Saliente, sito en las soledades de una abrupta montaña unos seis kilómetros al occidente de Albox. Aquella comitiva iba—no se ria usted, mi querido doctor—á dar tardío, pero fervoroso cumplimiento á una deuda espiritual contraída en circunstancias muy solemnes por el voto espontáneo del sencillo y honrado labriego que tanto se interesó por mi salud, y el cual marchaba tam-

bién, á guisa de *cicerone*, á la cabeza de la expedición.

¡Cuánto se habría reido mi buen amigo don Javier al vernos á la mañana siguiente al labriego y á mi postrados de hinojos, mientras el sacerdote oficiaba la misa, á los pies de aquella Virgencita solitaria, aparecida en aquel mismo lugar según la piadosa tradición cuenta: una escultura ideal á los ojos del arte, pero que debe ser labor de ángeles más bien que del cincel humano! (*)

(*) El hermoso santuario del Saliente se levanta, solitario y esbelto, en un replano de la vertiente oriental del árido y peñascoso cerro de Roel, en la cordillera de las Estancias, al Noreste de la provincia de Almería, y una altitud de 1.500 metros sobre el nivel del Mediterráneo. Su fachada es de sillería, de orden toscano, predominando el dórico en el interior de su espaciosa nave, de crucero, con gallarda cúpula, y terminada en amplio camarín absidal en que se venera una pequeña y bellísima escultura de la Virgen, de artífice desconocido, representada en el misterio de su Asución á los cielos. Don Emilio Moreno Cebada, en su Historia sobre la aparición y culto de es-

Desde entonces, querido doctor, cuelga de un testero de mi dormitorio un lienzo de la Inmaculada, copia de su paisano Murillo, la misma que presidió el acto solemne de administrarme el Viático.

—¡Eso es tremendamente antihigiénico—me grita la severa ciencia médica—pues un cuadro de tal naturaleza, colocado junto al lecho de dormir, es un abonado albergue de gèrmenes morbosos!

—Bueno—arguyo yo—Pero es también un símbolo de poesía que me recuerda que la fé, *no sólo allana*

---

ta milagrosa imagen, dice, y es verdad, que no puede mirarse sin sentirse dulcemente impresionado. Díganlo si no los innúmeros peregrinos que, procedentes de los más lejanos ámbitos de la provincia, acuden todos los años por el mes de Septiembre (á 30 000 ascendieron en la memorable romería organizada en 1878 por el santo obispo Orberá) á rendir el homenaje de sus exvotos y oraciones á la Virgencita solitaria que escogió para lugar de su culto aquellos abruptos y casi inaccesibles peñascos. Tiene el santuario espaciosos y buenos claustros y dependencias de sólida mampostería que le

las montañas, sino que tiene virtud bastante hasta para arrancar de las garras de la muerte á un enfermo desahuciado por esa misma ciencia...

Conque, amigo mio, ánimos y á ponerse bueno. Mientras tanto, dedique á mi Virgencica del Saliente una plegaria del corazón, de esas que guardará usted seguramente en el recóndito arsenal de los recuerdos maternos, y yo le ofrezco que su anhelada mejoria no se ha-

---

rodean y aprisionan amorosamente formando un bello conjunto, y fué construido en 1762 á expensas de un rico navegante que, según la tradición, salvóse de un naufragio por intercesión de esta veneranda imagen; á la que quiso pagar sus favores erigiéndola un templo relativamente suntuoso en el mismo sitio de la modesta y primitiva ermita originaria de 1712. Restaurado en reciente fecha, hállase regido hoy por el Lic. don Emilio Herrero, digno y culto sacerdote de cuyo carácter hospitalario y obsequioso conservo muy gratos recuerdos. En mi rápida visita pude apreciar más de un testimonio de su exquisito celo por la conservación y esplendor del santuario encomendado á su custodia, entre estos dos

rá esperar. *Me lo ha promiedo la Vigen* y lo cumplirá, como se lo cumplió al labriego de esta candorosa y verídica historia.

Le abraza con efusión su amigo del alma.

X ***

---

proyectos que ya tenía entre manos por aquellos días y que desearíamos ver coronados por el éxito venciendo las dificultades económicas con que para su realización tropezaba. Son á saber: una completa dotación de pararrayos á fin de preservar el edificio de los sensibles accidentes ocasionados por las exhalaciones eléctricas tan frecuentes en aquel paraje montañoso, y la instalación de una fuente potable en el interior del recinto.

III

20 de Noviembre de 1911

Las lágrimas anublan mis ojos y el dolor embota la convulsa pluma, porque mi amigo insigne !ha muerto! dejando interrumpida para siempre nuestra íntima y familiar correspondencia.

Ocho meses han transcurrido desde la fecha infausta en que aquel privilegiado espíritu dantesco se desprendió del mísero envoltorio de la carne para volar—abrigo esta consoladora creencia—á la excelsa región de los escogidos. Y ocho meses también hace que atisbaba en vano una ooyuntura propicia para consagrar un público testimonio de cariño á su memoria. El certamen literario convocado por «La

Independencia» ha venido á recordarme el póstumo deber incumplido.

Con efecto: al pretender rasguñar en las cuartillas la Crónica de asunto almeriense propuesta en uno de sus temas, ha surgido sin querer de los puntos de la pluma la remembranza, todavía fresca, de mis confidencias epistolares con aquel prócer de la intelectualidad sevillana, que aunque nacido en la patria de Rioja y Murillo, era almeriense de origen (*) y, por añadidura, devoto sincero en los postreros día de su existencia de una

(*) Don Javier Lasso de la Vega y Cortezo era nieto de don Jorge Lasso de la Vega y Orcajada, ministro que fué de Marina con Narváez, y descendiente directo de un hidalgo llamado Juan Lasso de la Vega, de la orden de Santiago, que acompañó al Rey Católico en la conquista de Vera y los Vélez, donde pobló y dejó sucesión. El ilustre doctor sevillano pertenecía, pues, á uno de aquellos gloriosos linages almerienses, oriundos de la Reconquista, que aún conservan ramificaciones en algunos pueblos del Noreste de nuestra provincia.

de las advocaciones de la Virgen más poéticas y justamente celebradas en la piadosa diócesis urcitana. Era además lector, y lector asiduo sin duda, de la prensa provincial, por cuanto en una de sus cartas, que conservo, me felicitaba benévolamente por una crónica de matiz histórico-religioso que había visto publicada, decía, en la sección editorial de este mismo diario. Aquella epístola terminaba con este ingénuo arranque, revelador de las sombrías perplejidades de su alma: «¡Usted al menos es feliz, porque cree!»

¡Pobre amigo mío!...En su última cariñosa misiva, fechada en la ciudad del Betis á 15 de Enero del presente año y escrita desde el lecho del dolor, me pintaba con el colorido inimitable de su pincel de artista, el «incalcuble efecto» producido por la mía del 14 de Diciembre llegada á sus manos en los momentos más álgidos de la enfer-

medad, y «cuyos tiernos conceptos —decia—todos acogimos con una gratitud, una esperanza y una fé de que seguramente no se forma idea»...Añadiendo que su lectura le habia oreado el alma tanto tiempo sumergida en las hieles del indiferentismo; hasta el punto de «haber quedado todos convertidos en devotos de esa Virgen desconocida, pero evidentemente milagrosa, á la que, desde entonces, todos los dias dirige sus preces esta atribulada familia»...Y, continuaba, «desde entonces también, preciso es y justo confesarlo, ha ido mejorando aunque muy lentamente mi salud, lo que no obsta para que aún esté inútil y postrado en la cama, esperando en ella que pasen estos frios horrorosos, aliados encubiertos de mi enfermedad y mis dolencias.» Concluia confiriéndome el encargo de mandar decir unas misas á Nuestra Señora del Saliente y apuntando la idea de venir,

luego de restablecido, á respirar á mi lado las confortables brisas almerienses, y rendir, de paso, á la excelsa Ermitañica de la sierra de Roel el homenaje piadoso de un creyente agradecido.

Dos meses y algunos dias después de la indicada, el 23 de Marzo, un recrudecimiento súbito de la mortal dolencia puso fin á la preciosa vida del insigne escritor y académico, precisamente cuando los relativos optimismos reflejados en la precipitada misiva, me habían infundido la lisonjera esperanza de una franca y radical convalecencia.

La muerte del Dr. Lasso de la Vega fué una pérdida irreparable para la ciencia médica española, para las letras sevillanas, para sus conspicuos compañeros de claustro universitario y academia, para su amantísima familia y para mi que le quería y admiraba con el más profundo de los afectos, á que él correspondía con toda la hidalga

propensión de un pecho magnánimo templado en el dulce culto de las emociones intensas y de las amistades efusivas.

Ahora estoy en el deber de acudir de nuevo al poético santuario del Saliente á satisfacer, en nombre de mi amigo, la deuda de gratitud contraida en los dias de su pasajero y engañador alivio. ¿Que la merced pedida y no alcanzada por entero—diráme el positivismo frivolo y vesánico—releva del cumplimiento de la ofrenda?.. Bueno. Pero hay mercedes más excelsas que la de la salud del cuerpo: ¡los lenitivos del alma! Y esos, tengo por seguro que descendieron en abundancia, cual postrimer rocío del cielo, sobre el lecho mortuorio del llorado prócer hispalense. ¡Qué importan unos años más de vida al deleznable organismo, ante las inefables dulzuras de una esperanza eternal é inmutable! .

Por eso iré allá otra vez á pos

trarme ante las gradas benditas del santuario y rendir el póstumo tributo en nombre del amigo idolatrado. Y allí, ante la Virgencica de mis amores, depositaré una corona de siemprevivas regada con el llanto de mis recuerdos: la misma que, hace unos meses, hube de ofrendar con el pensamiento ante la tumba del galeno egregio y admirado, en aquella tumba inmortalizada con el copioso reguero de una labor científica y literaria esculpida en páginas áureas de libros imperecederos.

En medio del vacío insondable producido por su triste ausencia del mundo de los vivos, réstame el consuelo de haber derramado en la hora postrera una gota del bálsamo refrigerador de la fe sobre un espíritu luchador y eternamente atormentado, con las zozobras del náufrago, en el piélago sombrío de un escepticismo ecléctico y escabroso.

El mismo condensaba, en fecha memorable, las amargas fluctuacio-

nes de su mente pensadora en estos cadenciosos endecasílabos que parecen vibraciones del alma arrancadas por el plectro quejumbroso y viril de Enrique Heine:

«¡Triste de mí, que empieza mi existencia
cuando, endiosado el pensamiento humano,
pretende, con satánica tendencia,
mostrar desnudo el misterioso arcano!
Hechura de mi siglo, á la corriente
de sus olas titánicas me entrego,
que en su espuma me elevan triunfalmente
y en hondas simas me derrumban luego,
y aunque, obstinado, la verdad evoco,
¡ni á las coronas de los astros llego
ni á las entrañas del abismo toco!

.....

Oh infausta suerte pérfida y sañuda!
¡Oh de la realidad funesto estrago!...

Y basta con esa sintética pincelada para juzgar de las dotes poéticas y de la complexión psiquica del llorado poeta-médico sevillano. Como prosista, su fantasia elucubradora solia remontarse á las abstrusas regiones de la filosofía kantiana en periodos deslumbrantes de inspiración y belleza. Sirva de muestra

el siguiente, en que discurre con aticismo estóico acerca de la insuficiencia de la razón humana para abarcar las leyes del Universo:

«.... Cuando se considera este campo de estudio ¿no inspira profunda compasión la hinchada vanidad del conocimiento adquirido?

«Para conocer una entidad ¿no es necesario abarcarla en todas sus relaciones? Y aunque alcanzáramos todas las de este sistema solar ¿que valdría este saber, tan incapaz de deducir *á priori* las leyes del Universo restante, como de estudiarlas todas en la sucesión eterna del tiempo y en la simultaneidad infinita del espacio?.

«Pero, aun logrado esto, ¿sería lo aprendido, conocimiento exacto de la realidad? ¿sería el conocimiento pleno á que aspiran los metafísicos?

«Pues eso da idea de lo que vale nuestra ciencia.

Pero acaso ¿vale más la inteli-

gencia? ¿vale más el testimonio de los sentidos y de la conciencia, hijos del medio ambiente, que desfiguran los fenómenos, trocando el movimiento molecular en luz, ó en sonido, ó en frialdad, ó en calor, como podrían convertirlo en infinidad de sensaciones, cuya variedad columbra la razón y cuyo carácter no puede adivinar la fantasía? Si la inteligencia es producto del medio, efecto de él é inferior á él ¿qué vale ese entendimiento, esclavo y hechura del mismo ambiente, objeto y fin de su conocimiento?

¡Oh trastornador análisis! ¡oh parcialísima síntesis! ¡Maldita la sabiduría que me expulsó de mi sereno paraíso! ¡Cuán siniestro simbolismo encierra el albor de la ciencia!»

. . . . . .

¡Pobre amigo mío! ¡Quién sabe si, ante los umbrales de ultratumba, el último destello de aquella inteligencia peregrina brotaría para

musitar una sentida plegaria á mi Virgencica almeriense, pensando quizás como Voltaire, que la fé es el único asilo en el cual puede refugiarse el hombre allí donde comienzan las tinieblas de su razón!

X***

APÉNDICE

Después de efectuarse el brillante torneo religioso-literario organizado por el popular diario almeriense, llega á mis manos la tierna y expresiva carta que voy á permitirme la licencia de reproducir, pues ella constituye el más gallardo epilogo de mi modesta crónica «Los últimos dias de un escèptico.»

Es como verá el lector un canto ingénuo al triunfo de la fe y el himno póstumo entonado por el amor filial á la memoria imborrable de un padre egregio y adorado. Y es aún más: es la corroboración palmaria y elocuente de que, si la inteligencia portentosa del gran pensador sevillano pudo vagar un tiempo por los obscuros antros de un eclecticismo heterodoxo, supo

volar al fin de sus días á las regiones apacibles de la filosofía cristiana. ¡Bien lo merecía y bien lo necesitaba aquel gigante espíritu!

Empero, ¿acaso fué mi pluma ó la sugestión de la amistad el débil instrumento que determinó una transformación tan súbita y consoladora? No, ciertamente. Esa imagen bellísima de la Emperatriz de los cielos, que es faro de salvación en el proceloso océano de la vida y hechicero talismán de mis cariños de creyente.

«... la milagrosa,
la pequeñita,
la que encima de un monte
tiene su ermita».

como reza el cantar popular, ha sido en esta ocasión la excelsa operadora del providencial retorno de un alma errante y peregrina á los confortables apriscos de la esperanza en Dios. A Ella pues, corresponden por entero los laureles y trofeos de la victoria. ¡Bendita sea!

La Virgen del Saliente fué «la última de las ilusiones» y el supremo lenitivo en las largas horas de agonía del conspicuo y llorado confidente cuyo recuerdo perdura con signos indelebles en el altar de mis afectos. ¡La última de sus ilusiones!.. Ah¡ Esto no lo forja la fantasía del cronista como pudiera sospechar la suspicacia impía, no. Lo afirma un hijo idolatrado del difunto sabio hispalense. Y ante ese testimonio irrecusable y decisivo, la incrédula soberbia debe inclinar la cerviz humillada para dejar el paso libre á la fé triunfante y bienhechora.

Helo aquí:

«Sevilla, 21 de Dbre. de 1911.

Sr D. Fernando Palenques Ayén.

«Muy señor mio y respetable amigo: Aunque haya tardado mucho en contestar á su sentido y expresivo pésame relativo á la sensible pérdida que agobia nuestra alma, no por ello crea que es me-

nos efusivo nuestro agradecimiento y sincera nuestra amistad.

»No tenemos el gusto de conocer á Vd. personalmente, pero le aseguro que su nombre y su personalidad literaria es familiar no sólo á nosotros, sino tambien á nuestras relaciones y á cuantas personas nos rodean. No éramos agenos á la correspondencia que con relativa frecuencia mantenia mi padre (q.e.p.d.) con Vd. y mucho menos á la decidida simpatia que él le profesaba.

Por respetuosa timidez no nos habiamos atrevido á dar á Vd. las gracias por el ejemplar que nos habia enviado á cada uno de nosotros del precioso libro que tuvo Vd. la bondad de dedicar en vida al llorado autor de mis dias. (.)

»Y estos sentimientos de agradecimiento, amistad, respeto y ca-

(.) *Apuntes genealógicos y heráldicos de la villa de Vélez Rubio.* Un vol. en 4.ª de 216 págs. Año 1910.

riño, llegaron á su más alto grado con la penúltima carta de Vd. de las dirigidas á mi padre (:). Esta trajo entre sus dobleces el último rayo de esperanza que iluminó el ocaso de su preciosa existencia. Fué una inyección de vida espiritual que sacó su alma de los tormentos de una tenebrosa agonía —en la que la muerte, como enseñoreándose de su presa, iba apoderándose poco á poco de su cuerpo—para elevarla con las sólidas alas de la fé, único apoyo capaz de entretener la fatalidad de su caída y remontarla por última vez á las consoladoras regiones de la esperanza.

«Mi padre desde que cayó enfermo, con la clarividencia que su profesión le prestaba, previó su fin.

(:) Se alude á mi carta fechada el 14 de Diciembre de 1910, y cuyo contenido va comprendido, en esencia, en el apartado segundo de la presente crónica periodística *Los últimos días de un escéptico*.—N. del A.

Una mañana, después de un desalmado ataque de disnea, y estando solo con él me dijo: «Duraré ocho meses, tal vez un año... Esta enfermedad sólo se cura en los niños». A partir de entonces, sus melancólicas miradas eran desgarradoras despedidas; sus palabras y consejos, disposiciones de última voluntad ... Así íbamos, hasta que su carta surtió el efecto antes mencionado. ¿Si no fuera bastante añadiré que nosotros mismos, que veíamos desfilar médicos tras médicos, comprendíamos por la impresión que estos sacaban y que en vano trataban de ocultarnos, que su único médico era Dios; y Vd. nos proporcionó con su carta confianza en la receta.

«Días antes de su muerte comprendió que ésta era fatalmente, necesariamente segura, y agobiado por tantos sufrimientos llegó aun á apetecerla: entonces escribió una poesía despidiéndose de su hija

Luisa, que estaba en Lisboa, de palabras lo hizo de todos y cada uno de nosotros, y con lágrimas en los ojos *se despidió de la Virgen del Saliente*, última de sus ilusiones, pidiéndonos repetidas veces que manifestásemos á Vd. su inmensa gratitud y recuerdo.

«Dispense Vd. que haya entristecido su ánimo con el relato de estos renglones; pero he creido que solo reflejando á Vd. el bien que nos ha proporcionado, podría Vd. comprender nuestro profundo y eterno agradecimiento y la causa de nuestra tardanza en contestar su sentido pésame.

«Adjunto le envío un retrato de mi querido padre. ¿Querrá Vd. aliviar nuestras tristezas dulcificándolas con algunos renglones suyos?

«Cuente de todos modos con el incondicional ofrecimiento de los humildes servicios de su s. s. q. b s. m.

Javier Lasso de la Vega
(Hijo)

Despues de esa hermosa misiva cuya lectura me ha aliviado el alma, quisiera esculpir en el mármol de la tumba del amigo inolvidable este pensamiento de otra inclita Doctora en la ciencia del espíritu, Santa Teresa de Jesús:

«¡Oh muerte, muerte! ¡No sé quien te teme, pues está en tí la vida!»

O este otro, no menos profundo, de Metge:

«Sabio: destruye el puente por donde has pasado, de modo que no puedas volver atrás. Guárdate de regresar, como Orfeo. Y pues has vivido en un mar tempestuoso, esfuérzate en morir en un puerto seguro y tranquilo.»

¡El dulce puerto de refugio á que arribó la nave, tantas veces zozobrosa, de aquel escéptico, poeta, orador y filósofo, que murió, como el cisne florentino, modulanda una postrer canción de despedida á la hija idolatrada y una tier-

na invocación de creyente á la excelsitud de la fé!...

Concluiré reproduciendo esta frase suya alusiva á la prodigiosa curación de la enfermedad mortal que me tuvo hace unos años á los bordes del sepulcro: «¡Bien se ha portado la Virgencica del Saliente!»

FERNANDO PALANQUES

NOTA FINAL

¡Lástima que este tierno despertar por el recuerdo de la Virgen del Saliente, no hubiese acabado su obra, llevándole á la abjuración de sus errores é iluminado plenamente por la fé, hubiera vuelto al seno de la Religión Católica, única que puede salvar!

¡Lástima que espíritu tan culto no hubiere dado el último abrazo á Jesucristo en la humilde confesión de sus culpas, en ungir sus miembros con la Santa Unción y en ofrecer su pecho como altar y trono recibiéndole Sacramentado.